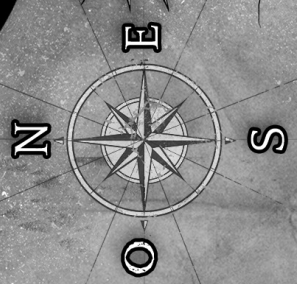


ALEXANDRIA WARWICK

EL
VIENTO
DEL
SUR

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS



CARTERHAUGH

AMMARA

MIRASH



MONTE SYR

ISHMAH





KIR BASHAB

MARLES

PRÓLOGO

La niña nació en silencio.

En un primer momento, la partera pensó que había nacido muerta. No hubo ningún llanto que destruyera aquel ocaso bañado en oro, ningún poderoso anuncio de llegada. Unas gruesas pestañas se posaban sobre sus mejillas redondeadas, que parecían estar desprovistas de todo color y calidez. Y, sin embargo, se percibía un leve movimiento, el débil aleteo de un pulso. Estaba viva, pero por poco.

La niña necesitaba que la atendiera de inmediato una sanadora. Pero su madre, enferma y frágil tras aquel parto largo y farragoso, alzó una mano temblorosa y le hizo un gesto a la partera para que se acercara. Esta le colocó a la niña en brazos. «Qué pequeña es mi hija.» Ese fue el último pensamiento de la reina, que hizo una inhalación final y quedó inmóvil.

Cuando el rey se enteró de que su esposa había fallecido, gritó y arrancó las cortinas de sus varillas. Elevó súplicas a las más altas deidades y lloró. Llevaron al bebé a toda prisa al médico del palacio, quien, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió estabilizar a la débil recién nacida. El tono azul de su piel, las respiraciones esporádicas y convulsivas de su pecho... No sobreviviría a la noche.

El rey se sentía impotente. No comprendía por qué había caído la desgracia sobre él, precisamente sobre él. ¿Era el destino? ¿Una venganza? ¿Por qué había llegado al mundo su hija solo para abandonarlo a la fuerza justo después de su esposa?

Y así, el rey fue al Monte Syr, el lugar sagrado que se alzaba sobre las abrasadoras arenas de Ammara. Al llegar a la cumbre rocosa y desnuda, cayó de rodillas ante la tarima sobre la que descansaba un trono vacío. Fue allí donde el rey llamó al Señor de la Montaña, el más poderoso de esos dioses primordiales.

Cuando un hombre envuelto en una capa se materializó ante el rey, este se postró en el suelo. El Señor de la Montaña era enorme y ancho. Llevaba el rostro oculto bajo la capucha. Durante las siguientes horas, el rey negoció para salvar la vida de su hija. Riquezas, poder e incluso el reino en sí mismo... El rey ofreció todo lo que tenía. Y el Señor de la Montaña se mostró compasivo. Accedió a salvar la vida de la niña... a cambio de un precio. Embargado por la desesperación, el rey aceptó el trato sin dudarlo. Y así, la trampa quedó sellada.

Más tarde, después de que el trato se cerrara, el rey entró en el dormitorio de sus hijos, que dormían plácidamente sin saber que su madre había fallecido. Les besó la frente y se aproximó a la cuna en la que yacía su hija recién nacida. Estaba despierta. El color volvía a iluminar sus mejillas cafés. Con la pequeña boca fruncida, el bebé lo miraba con unos ojos anchos y oscuros. Pensando que estaba solo, el rey empezó a llorar. No se fijó en una figura tenebrosa que se cernía sobre la cuna, a su lado. Tampoco se fijó en que aquel fantasma acercaba una mano sombría a la frente de su hija.

«Duerme», arrulló la voz. «Duerme, bella mía.»

PARTE UNO



BROTE

1

Se me encoge el estómago al verlo, pero, aun así, consigo marcar con cuidado una equis sobre el número; uno de los muchos que he registrado por docenas en mi diario. Mañana vendrá el día cuarenta y seis, y luego el cuarenta y cinco, seguido del cuarenta y cuatro. Me pregunto si no debería acabar con todo ahora, en este pequeño despacho junto a mi dormitorio. Podría volcar la vela que titila sobre el escritorio, entregarme al humo, derrotar a la maldición antes de que esta me derrote a mí.

Suena una campana cuyo eco reverbera en los resplandecientes tejados del próspero anillo superior de la ciudad hasta los regios y erosionados pilares de la Calzada de la Reina. Aliso las arrugas de mi vestido con mano temblorosa, pues la hora llegó antes de lo que habría deseado.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana. Un enemigo se acerca a la frontera de Ishmah. Desde esta posición elevada puedo ver toda la Ciudad Roja. Atisbo una fila de soldados que serpentea por entre la tierra cruda y abrasada. La luz del sol destella sobre un millar de escudos forjados.

Las puertas de la ciudad se abrirán en cuanto llegue el príncipe Balior. Se celebrará un festín en su honor. Las calles se atestarán de ciudadanos, se arrancarán adelfas de los jardines públicos y se arrojarán flores sobre los caminos polvorientos y agrietados. Porque a este enemigo se le da la bienvenida.

Alzo la mano y apoyo la palma en el cristal de la ventana. Durante los veinticuatro años que llevo con vida, mi mano izquierda ha estado desprovista de la runa de ópalo que, de tenerla, me identificaría como mujer casada. Sin embargo, se acerca mi vigesimoquinto día del nombre. Si he de cumplir con el papel que se espera que desempeñe en la supervivencia de mi pueblo, tendré que casarme con este príncipe de quien no sé nada.

Todos debemos hacer sacrificios.

Regreso a mi escritorio y veo que el diario sigue abierto. Contiene hilera tras hilera de números escritos con tinta negrísima. Me recorre una oleada de total y absoluta desesperación. Cuarenta y siete días parecen una eternidad, pero las mañanas frías darán paso a las tardes sofocantes. El tiempo no se puede cambiar ni ralentizar.

Me acerco a toda prisa a mi guardarropa. Abro las puertas y queda a la vista una colección de vestidos cafés, grises y negros. Totalmente apagados, dolorosamente anodinos. Los echo a un lado para revelar un grupo más pequeño de vestidos de tonos relucientes. Soy la princesa Sarai Al-Khatib de Ammara, y aun así no se me permite llevar ni una nota o una chispa de color. La palabra de padre es la ley.

A regañadientes, saco dos vestidos sin color del ropero. Me doy vuelta y derribo accidentalmente la funda del violín que descansa en el fondo del ropero, donde yo la había dejado. Cae sobre la alfombra con un golpe sordo. Me encojo y luego me arrodillo y me coloco la funda de cuero en el regazo. Fahim me regañaría por ser tan descuidada. Pero Fahim no está aquí.

Se me hace un nudo en la garganta. Dejo el instrumento en su lugar, al fondo del ropero, y alzo los dos vestidos frente al espejo. Lino de un apagado color café, que casa con el tono caoba de mi piel; o marfil, una promesa de pureza. Tuerzo la boca con gesto amargo. Café, sin duda.

Me recojo los profusos rizos de mi cabello color ébano y me ato un lazo para sujetar la trenza que cae de la coronilla. Con mano firme, me aplico kohl en el rabillo de los ojos. Me echo una

fina capa sobre los hombros y me pongo unas sandalias en los pies aceitados.

Después de soltar una lenta y reconfortante exhalación, me dirijo a la puerta, murmurando:

—El deber hacia el propio reino es el deber hacia el propio corazón.

Por supuesto, debo cumplir con mi deber de darle la bienvenida al príncipe Balior. Pero ahora no. Aún no.



Escapo del palacio a toda prisa.

El inmenso edificio rodea una colina entre los regios hogares del anillo superior. A pesar del apodo de Ishmah —la Ciudad Roja—, los muros del palacio son de un pálido tono alabastro: mármol resplandeciente y caliza erosionada. Ascenden hasta formar techos abovedados y arcadas tan profundas como románticas; todo ello cubierto con exquisitos mosaicos.

Se suceden los corredores ribeteados de columnas, con cámaras espaciosas y abiertas, ocultas en nichos astutamente diseñados, sus techos expuestos a los elementos. De vez en cuando aparece uno que otro patio oscurecido por altos árboles. Por los pasadizos cubiertos y estanques quietos se cuelan resplandecientes rayos de luz amarilla.

Doy vuelta en un recodo y capto por el rabillo del ojo un movimiento. Aminoro la marcha y volteo hacia una sombra oscura cerca de las enormes puertas dobles que dan a la biblioteca de Ishmah. Se trata de un hombre de pecho ancho, sumido en una quietud antinatural. Lleva pantalones holgados de tono marfil y una túnica esmeralda que le llega a las rodillas. Se envuelve los cabellos con un turbante blanco cuyo extremo protege la parte inferior de su rostro del ardiente sol. Aunque no puedo ver los ojos del hombre, sí experimento la intensidad de su mirada. Es como si las flechas más afiladas me punzaran el pecho.

No puede ser. El paso de los años ha erosionado buena parte de mi pasado, pero aún retengo algunos recuerdos con claridad. Podría jurar que lo conozco.

—Discúlpeme...

Pero el hombre se retira por un corredor lateral. Cuando llego al final de la sala, ya se desvaneció. Los latidos de mi corazón tardan un instante en calmarse. Debo de haberme equivocado. Seguramente, ese hombre no era más que un viajero que se había perdido. Dado que no vuelve a aparecer, dejo atrás la biblioteca a toda prisa y me dirijo a los establos. Lo que haría normalmente sería sobornar a los guardias de las puertas del palacio para que me dejaran pasar, pero hoy no. Como el príncipe está a punto de llegar, duplicaron la guardia del palacio. Nadie puede entrar ni salir sin el permiso del rey, incluyéndome a mí.

Sin embargo, un pasadizo secreto escondido en los muros del establo me permite entrar en un túnel fresco y oscurecido, que me lleva más allá de los terrenos del palacio en el anillo superior. La Calzada de la Reina recorre Ishmah de norte a sur, mientras que la Calzada del Rey la atraviesa perpendicularmente, de este a oeste. Bordo las calles, las casas de un solo piso hechas de arcilla roja. Gloriosos vitrales multicolores tiñen la luz que se derrama por la calzada pavimentada. La sequía ha afectado a todos los que viven en Ishmah, incluidos los ricos. En su día, los pastos verdes estaban decorados con setos, de los que ahora solo quedan ramas marchitas.

Cubierta con mi anodina capa, me mezclo sin dificultad entre los paseantes. Los caminos se estrechan. Las ventanas engalanadas se desvanecen. Los adoquines se agrietan hasta dar paso a la grava, la tierra aplastada, el polvo. En el anillo inferior se multiplican los carromatos y los puestos amontonados por las calles. Hay mercaderes que anuncian a todo pulmón sus artículos, y niños revoltosos que juegan persiguiendo a un rebaño de cabras entre la multitud.

Al cabo, el camino se estrecha al máximo. Por aquí solo pueden pasar paseantes. Una arcada señala la entrada al mercado.

Este lugar resulta desordenado en el mejor de los casos, y en el peor, una absoluta locura. Más allá del muro medio derruido se extienden callejones entre bruscos recodos; toda la zona está tan repleta de carromatos, tiendas y puestos que resulta imposible atravesarla sin chocar con algo. La mercancía es variopinta y numerosa. Todo tipo de colores asalta mi visión; en el aire flotan aromas tan potentes que marean. Frutas, frutos secos, grano, cazuelas, tapices y baratijas inútiles.

—¡Las mejores alfombras en toda la Ciudad Roja! ¡Llévelas ya!

—... si no puedes bajar el precio, me temo que tendré que irme a otro puesto...

—¿Qué te he dicho de comer cosas del suelo?

Manos extendidas intercambian monedas. Una joven madre intenta arrastrar a sus cinco niños en medio del bullicio. Más, siempre hay más. Cuencos bajos de cobre martillado que contienen pequeñas colinas de especias recolectadas a lo largo de la Ruta de la Especia: el fuego rojo del zumaque, el ocre del comino, la cúrcuma, el jengibre. Giro en un recodo y choco accidentalmente con un joven que desplaza un cajón lleno de gallinas vivas. Me suelta un rugido, al que yo respondo con otro. Luego, reprimiendo una sonrisa, sigo avanzando a la carrera.

Una puerta pintada de un descascarillado color amarillo descansa entreabierta al final del callejón. Me deslizo al interior, en una fresca oscuridad por la que flota un cálido y terroso aroma a madera de sándalo.

Esta pequeña habitación en la que me encuentro está ocupada por niños sentados en alfombras coloridas. En la parte delantera hay una anciana arrugada y envuelta en un chal deshilachado. Se llama Haneen. Está sentada en un banco de tres patas. Sus ojos lechosos miran al vacío, ciegos. Como si hubiera percibido mi llegada, la anciana curva los labios. Pero, por supuesto, algo así es imposible. ¿Cómo va a saber una rapsoda ciega que la princesa de Ammara asiste a su hora semanal de contar historias?

—Bueno —empieza, y su voz es como un crujido de madera vieja—. ¿Dónde me quedé?

El aire se detiene; toda la habitación contiene el aliento.

—La semana pasada, nuestra fiera y leal Aziza se enroló en el ejército de Ammara tras disfrazarse de hombre y asumir la identidad de su abuelo. Se acercaba la guerra. Y si Aziza quería salvar a su abuelo de la obligación de alistarse en el ejército, ella misma tendría que ser su reemplazo.

»El entrenamiento fue implacable. Aquellos soldados eran fuertes y ágiles, puros vencedores. Aziza era de lejos la más débil. Nadie sabía que era una mujer. Tenía que bañarse lejos del campamento, a altas horas de la noche, y regresar a pie antes del alba. Pero Aziza no se rindió. Pasó un mes, y luego otro. Sus músculos se endurecieron. Su voluntad se convirtió en hierro irrompible.

Escucho la historia de Aziza con la desesperación de quien teme que le arrebaten algo preciado. Esta narrativa me transporta, me ofrece un atisbo de lo que podría ser. La historia avanza despacio y el nudo corredizo de la hora se va cerrando. Yo me asombro ante esa mujer valiente y desprendida que consiguió vencer con todas las probabilidades en contra.

—Una noche —prosigue Haneen con tono más oscuro— Aziza no fue tan cuidadosa. No se dio cuenta de que Omar, uno de los hombres de su unidad, la había oído salir de la tienda para ir a lavarse. Se preguntó a dónde iría y decidió seguirla.

Los niños ahogan una exclamación. Hasta a mí se me corta el aliento. No quiero que descubra a Aziza. Es valiente..., más valiente de lo que yo seré jamás.

—Tras llegar al pequeño oasis en el que se lavaba, Aziza se quitó la ropa y empezó a meterse en el agua, cuando, de pronto, el ruido de una bota la detuvo en seco.

»—¿Yousef? —susurró el hombre.

Hay una pausa. Espero a que Haneen prosiga, pero se limita a quedarse ahí sentada, más satisfecha que el gato más gordo del mundo tras hartarse de leche.

—¿Y qué pasó luego? —exclama un chico joven—. ¿Qué le pasó a Aziza?

Ella sonríe.

—Tendrás que volver mañana para enterarte.



El repiqueteo de mis sandalias reverbera por toda la longitud del corredor del palacio, con el ritmo de percusión de un tambor de piel. Ya casi llego al salón del trono cuando alguien dice, arrastrando las palabras:

—Me enteré de que tienes motivos de celebración, princesa Sarai.

Aminoró la marcha y giro a la derecha. Una mujer de pecho generoso, envuelta en sedas amarillas, se apoya contra una de las suaves columnas..., y no está sola. La flanquean tres mujeres nobles. Mi buen humor se agria de repente. Dalia Yassin.

De algún modo, me las arreglo para esbozar una sonrisa de labios apretados.

—¿Y qué es exactamente lo que hay que celebrar? —«Con ese vestido pareces una cabra vieja.»

Dalia bate las pestañas.

—Pues tu inminente pedida de mano por parte del príncipe Balior, por supuesto. —«No te lo mereces, bruja.»

Mi sonrisa se desvanece. Eso aún no se anuncia públicamente. Por otro lado, hay incontables cocineros, ayudas de cámara, criadas y mozos de establo a sueldo de otros miembros de la corte para espiar y sonsacar información. Eso incluye también a la familia de Dalia, una de las más antiguas y ricas de toda Ammara.

—Aunque no estoy segura de si «celebración» es la palabra adecuada —prosigue la mujer. Se aparta de la columna y estira un brazo en un absurdo gesto dramático. Sus seguidoras le clavan la vista, cautivadas—. El rey Halim debe de estar verdaderamente desesperado por buscarte esposo, porque te está vendiendo al enemigo.

Yo entrecierro los ojos en señal de advertencia.

—Eso no es...

—Pero ¿quién podría echarle la culpa? —me interrumpe con suavidad—. Cada día que pasa eres más vieja. Una princesa de veintitantos años y cero posibilidades de casarse. —Chasquea la lengua—. Qué lástima.

Unas furiosas llamaradas me pintan las mejillas de rojo. ¿Qué es peor, el veneno que vierte Dalia o el hecho de que yo no pueda negar su veracidad? Cuando era más joven, estaba demasiado ocupada estudiando música como para buscarme una pareja estratégica.

—Yo misma tuve que elegir entre varios nobles. —Se mira las uñas, de un vívido rosa brillante—. Suerte tiene mi esposo de que lo eligiera a él.

«Suerte» no es exactamente la palabra que yo usaría.

—Creía haber oído que tu marido se casó contigo para ayudar a pagar las deudas de juego de su padre.

Nuestro público se tapa la boca con la mano y se deshace en risitas nerviosas. Dalia se pone tan roja que estoy convencida de que podría morir de fiebre.

—Deberías saber que de niña recibí clases junto con una de las primas del príncipe Balior —dice, echando humo—. Yo en tu lugar elegiría bien mis palabras.

Le muestro una amplia sonrisa.

—Deberías haber mantenido el contacto con ella.

Las exclamaciones ahogadas de las nobles me siguen mientras me dirijo a zancadas decididas hacia la sala del trono. Dos enormes puertas pintadas con el pálido tono azul del cielo de media mañana se abren con un quejido. Esta cámara es enorme; el gran vientre del palacio. Numerosos guardias decoran las paredes. Arqueros, ocultos por completo excepto por las puntas de sus flechas listas para disparar, dominan el segundo piso. Resplandecientes baldosas de mármol arrojan luz desde las altas ventanas al techo cubierto de mosaicos.

Una larga alfombra conecta la entrada con el pedestal al otro extremo de la estancia. El rey Halim ocupa el asiento más impresionante: un sillón profusamente acolchado y cubierto de joyas. A su derecha hay otro trono igual de impresionante aunque algo más pequeño. Lleva vacío desde que mi madre falleció hace casi veinticinco años. A su izquierda, tres tronos adicionales: el mío, el de Amir y el de Fahim.

Al llegar al pedestal, me arrodillo.

—Padre.

—Llegas tarde.

Se me encoge el estómago, una sensación que conozco bien. Alzo la cabeza y miro en derredor. La cámara está vacía.

—Nuestros invitados aún no han llegado.

Él se queda rígido.

—¿Disculpa? —Su voz es grave, peligrosa.

—Mientras esté sentada antes de que lleguen —digo—, ¿qué importa que aparezca con unos instantes de retraso?

—Importa porque yo sé que llegas tarde. Ya he hablado contigo de esto.

Contemplo a padre con una mirada fría. El rey Halim fue en su día un hombre impresionante. La amplitud y solidez de sus hombros, brazos y espalda. La curva de su orgullosa barriga. Era más alto que la mayoría de los hombres, y su barba negra era profusa y resplandeciente.

Sin embargo, el hombre que ahora me escruta no es sino una sombra de lo que fue mi padre. La enfermedad ha debilitado su musculatura. Bajo los pliegues de su túnica color marfil, parece frágil. La piel de sus mejillas le cuelga suelta a causa de la edad.

—¿Y qué pasa con Amir? —insisto—. Tú y yo sabemos que también le cuesta ser puntual.

Al rey no le complace oír eso.

—Hoy Amir no llega tarde. Como bien sabes, está de luna de miel. ¿Esperas que tu hermano se encuentre en dos lugares a la

vez? —No me da la oportunidad de responder, sino que añade—: Para alguien de tu estatus, llegar tarde es inaceptable. Asegúrate de que no vuelva a pasar.

Yo me mordisqueo la carne tierna del interior de la mejilla. Con mucha facilidad, se me afila la lengua, con burlas que amenazan con salir a borbotones. Recuerdo lo que me estoy jugando: mi reino y mi vida.

—Tomo nota —digo entrecortadamente.

Padre gruñe y yo me pongo de pie, para ocupar mi lugar en el trono más pequeño. Una vez que tomo asiento, las puertas vuelven a abrirse.

—Se presenta el príncipe Balior de Um Salim ante su majestad, el rey Halim Al-Khatib de Ammara.

Un hombre alto y de buena complexión cruza las puertas. Lo flanquean doce hombres vestidos con holgadas túnicas de color ébano. De sus cinturones cuelgan cimitarras. Supongo que se trata de su guardia personal.

El príncipe es joven, ronda los treinta años. Es guapo, aunque incluso el continente más agradable puede esconder por debajo la podredumbre. Tiene una mata de pelo negro rizado y pómulos afilados ligeramente sonrojados a causa del asfixiante calor. Es más claro de piel de lo que estoy acostumbrada, aunque si pasara algo de tiempo al aire libre, seguro que su tez se pondría tan café como la mía.

Durante muchos años, los reinos de Ammara y Um Salim han estado en guerra. ¿Quién podría echarle la culpa al reino de mayor tamaño por intentar invadir al otro? Ammara es muy rica, sobre todo su capital, Ishmah, aunque el pueblo de Um Salim no tiene ni idea de hasta qué punto ha disminuido su prosperidad. Veinticinco años de una sequía de la que yo soy culpable. Y también está la amenaza creciente de los umbrandantes.

El príncipe Balior es un estudioso de renombre que ha investigado los mitos más antiguos de la región. Padre espera que sus hallazgos resulten útiles a la hora de encontrar un modo de

romper mi maldición, de poner fin a la sequía y de evitar que los umbrandantes sigan invadiendo nuestra tierra. Si las negociaciones entre el príncipe Balior y el rey Halim son favorables, nuestros reinos independientes se unirán pronto mediante un matrimonio.

Por supuesto, el príncipe no debe saber que su prometida está maldita ni que el reino que espera gobernar algún día está condenado. Tendré que andar con cuidado a la hora de abordar el tema de sus investigaciones. Este secreto me pesa. Padre es el único que también está al tanto.

—Majestad. —Nuestro huésped se arrodilla. Su turbante azul acaricia el níveo suelo de baldosas—. Es un honor.

Padre recorre con la vista la silueta postrada del hombre. Tras un momento, dice:

—Póngase de pie, príncipe Balior. Nuestro Señor de la Montaña lo ve a usted con buenos ojos. Confío en que haya tenido un buen viaje.

Balior se pone de pie con una fluidez que no suelo ver a menudo.

—Así fue. Mis hombres y yo agradecemos humildemente su bienvenida.

—¿Y dónde están en este momento sus soldados?

—Al otro lado de las murallas de Ishmah. Esperan a que dé usted su permiso para entrar.

El rey Halim une las puntas de los dedos de ambas manos.

—Por desgracia, príncipe Balior, no puedo permitir que su ejército entre en la capital, al menos hasta que la ceremonia de la boda se haya celebrado. Es por la seguridad de mi pueblo, no tengo duda de que lo comprenderá. Por supuesto, su guardia personal puede alojarse dentro del palacio.

El príncipe frunce el ceño. En sus ojos aletea alguna emoción indescifrable. No se esperaba esto. Aunque yo estoy de acuerdo con la decisión de padre, no puede decirse que sea una bienvenida hospitalaria. Aun así, el príncipe Balior se inclina y dice:

—Lo comprendo, pero fue un viaje muy largo... No puedo pedirles a mis hombres que regresen a Um Salim ahora que acaban de llegar.

—Naturalmente —replica el rey en tono suave—. Pueden acampar al otro lado de las murallas mientras esperamos a que se celebre la ceremonia. —Padre me señala con un gesto, aunque no mira en mi dirección—. Mi hija, la princesa Sarai Al-Khatib.

El príncipe me contempla con curiosidad. Yo le hago un cabeceo, con una sonrisa fina y afilada.

El rey Halim prosigue:

—Espero que, en las próximas semanas, lleguemos a un acuerdo que beneficie tanto a Ammara como a Um Salim.

Entregar mi mano en matrimonio. Mi libertad a cambio de la supervivencia de Ammara. Dentro de menos de treinta días, el tatuaje que marca la mano izquierda de toda persona casada quedará grabado en mi piel.

—Gracias, majestad. Ammara tiene mucho que ofrecer...

Aunque el príncipe Balior sigue hablando, mi atención se ve atraída por un movimiento repentino en medio de la quietud de la cámara. Una figura se desliza al interior a través de una de las puertas laterales, tras los guardias. Es ancha, de pasos seguros. Se trata del hombre con el turbante blanco que vi deambulando frente a la biblioteca.

Una oleada desafiante me obliga a ponerme de pie.

—¡Quieto! ¿Qué quiere del rey?

Los arqueros ubicados en el segundo piso dirigen sus flechas hacia el intruso. Un centenar de cimitarras salen de sus vainas. La guardia del príncipe Balior se apresura a formar un escudo alrededor de su soberano.

Los ojos de padre destellan en mi dirección.

—Sarai. Este hombre es nuestro invitado.

—Un invitado que se cuela por una puerta trasera —rujo yo—, como si fuera un zorro entre matorrales. —¿Cómo dejó atrás a los guardias? ¿Los habrá matado? Por las grietas cada vez

mayores del reino se cuelean los disturbios. A medida que la sequía se aproxima a su tercera década, la desesperación del pueblo aumenta—. Acérquese.

Para ser tan ancho, el intruso se mueve con alarmante ligereza. Algo en su caminar me provoca un extraño escalofrío que me recorre hasta la cabeza.

—¡Sarai! —La furia del rey Halim es absoluta—. Si no tomas asiento en este mismo instante...

Debo de estar soñando y despierta al mismo tiempo, pues, aunque el rostro del hombre está parcialmente velado, estoy segura de haberlo visto antes.

—Quítese el embozo, señor.

Él alza una mano y atrapa la tela entre los dedos. La desenrolla: nariz, boca, mandíbula. Su rostro queda al descubierto; es horriblemente familiar. Se me encoge el estómago cuando el Viento del Sur habla con una voz que recuerda a una corriente profunda e incesante:

—Hola, Sarai.

2

Un escalofrío lento y helado me congela la sangre, me sobrecarga las extremidades y atrapa tanto mi corazón como mis pulmones bajo un cristal impenetrable. Soy tanto la Sarai del pasado como la Sarai del presente. Tengo dieciocho años y también tengo veinticuatro. Me siento inspirada, apreciada, adorada; y también engañada, rota, sola. Se me cierra la garganta con tanta fuerza que me da miedo desmayarme.

Pero no me desmayo. No, eso no va a pasar. La vulnerabilidad es el enemigo.

Notos —conocido por todo el mundo como el Viento del Sur— me contempla con unos ojos que son estanques claros y profundos. Hace cinco años que no veo su rostro, aunque no ha envejecido ni un solo día. He tocado esa cara, he besado esa cara, he amado esa cara, he despreciado esa cara. Me resulta pasmoso que aún me siga pareciendo guapo. Tiene la piel del más profundo tono café y negro; unos ojos impenetrables; un torso recio y ancho, cubierto con ropajes de tono esmeralda y crema. El Viento del Sur, que ve mucho y habla poco.

—¡Sarai!

La voz de padre es lejana, un sol tembloroso al otro lado de una densa niebla. Me obligo a mover las piernas. Bajo los escalones y cruzo el suelo embaldosado, con una intensa repulsión en el semblante. Las tiras de cuero en la empuñadura de la cimitarra de Notas parecen nuevas, recién colocadas. Es el único cambio que percibo en él.

—¡Guardias! —grito, y me detengo a un brazo de distancia del Viento del Sur—. Lleven a este inmortal a las mazmorras, que espere allí a mi llegada.

La llamarada que asoma a los ojos de Notos me recuerda a piedra volcánica que se forma por un calor abrasador. Una súbita punzada me deja sin aliento. Me apresuro a aplastar la emoción que siento.

—No tienes autoridad para dar esa orden, Sarai —espeta padre, con la voz contrariada—. Notos vino por orden mía. Por ello, habrás de tratarlo con respeto.

—Debes de estar equivocado, padre. Recuerda que se escapó de Ammara hace años. Según nuestras leyes, la desertión se castiga con la muerte.

Se hace el silencio en la sala.

Cuando el rey vuelve a hablar, lo hace con una escalofriante falta de calidez:

—¿Te atreves a poner en duda mi decisión?

—No, padre —respondo sin apartar mi atención del Viento del Sur. No me va a ver flaquear ni quebrarme—. Pero existe un motivo por el que tenemos leyes. Sugiero que lo usemos como ejemplo.

A fin de cuentas, el Viento del Sur es inmortal. Como dios que es, solo puede matarlo un arma tocada por los dioses. La única espada de esta estancia que podría matarlo es la suya propia. Vamos, yo podría atravesarle el pecho con esa cimitarra si así lo deseara. Pero darle una muerte rápida... es algo que no se merece.

—Vuelve a tu asiento, Sarai.

La orden de padre es tan cortante que me encojo. Debo obedecerla, aunque parte de mí teme que el Viento del Sur se desvanezca si me doy vuelta.

—No hay necesidad de tratarme como si fuera una niña —digo—. Solo estoy intentando ayudar.

—Si te portas como una niña, te trataré como a una niña. La presencia de Notos no es de tu incumbencia. Vuelve a tu asiento. ¡Ahora!

Muchos de los guardias se revuelven en sus puestos, incómodos. Hasta el príncipe Balior me mira con compasión.

De algún modo, a pesar del peso que siento en las piernas, regreso al pedestal con pasos delicados, sin flaquear. Vuelvo a sentarme en el inmenso trono. Durante toda mi vida he despreciado este asiento. Y justo hoy estoy totalmente consciente de que me está tragando.

Volteo hacia el rey.

—Padre...

—Ni una palabra más. —Y entonces, en tono bajo—: Eres una deshonra.

El comentario me golpea de lleno. El calor me sube por el pecho y me pinta la cara de un vergonzoso tono rojo. No pretendía deshonrar a padre. Solo quería protegerlo de este dios desterrado.

Notos sigue escrutándome con expresión impasible. La fuerza necesaria para mantener semejante máscara es demasiado grande... Es una fuerza que yo misma no poseo. Bajo los ojos. Después de esta vergüenza, dudo que el príncipe Balior se muera de ganas de unir su vida a la mía. ¿Habré echado a perder antes de tiempo la única oportunidad que tenía de salvar mi vida y la de mi pueblo?

Una levísima brisa agita el dobladillo de mi vestido. Mi atención vuela de nuevo hacia Notos. Eso también lo recuerdo: sus emociones y el viento están entrelazados para siempre. Contemplo sus manos, de las que brotan esos vientos. Las palmas anchas y callosas de piel café. Incluso ahora, mi cuerpo recuerda su peso.

El rey Halim da por excusado al Viento del Sur con la promesa de discutir un asunto más tarde. No lo veo irse. Las puertas se abren y vuelven a cerrarse de golpe. Pasa una eternidad hasta que el rey habla de nuevo.

—Príncipe Balior, quiero disculparme por esta escena tan deplorable. —Contempla a ese hombre mucho más joven que él con sentido remordimiento—. Mi hija...

—No hay necesidad de disculparse —replica el príncipe Balior, y alza las manos en gesto de buena voluntad. Su guardia personal ha retrocedido, los soldados vuelven a ocupar sus puestos—. Gobernar un reino es siempre un engorro, como estoy aprendiendo poco a poco. No veo falta alguna en que su hija quiera proteger sus intereses.

Una oleada de inesperada gratitud me calienta por dentro. Es un gesto amable que no merezco. Él prosigue:

—Si nos casamos a final de mes, diría que sería una necedad no dar este incidente por zanjado. —Una sonrisilla furtiva asoma a los labios del príncipe—. Me encantará pasar tiempo juntos, princesa Sarai.

Yo asiento, aunque mi atención, por un desliz, se desplaza hacia las puertas de la sala del trono, por las que Notos salió hace unos instantes. Obligo a mis ojos a centrarse de nuevo en los del príncipe Balior.

—A mí también me encantará.

El rey Halim alza una mano, y un criado da un paso al frente.

—Ilan lo llevará a sus habitaciones. Imagino que está cansado después de tan largo viaje. Mañana daremos un festín para celebrar las inminentes nupcias.

El príncipe hace una larga reverencia.

—Aprecio su hospitalidad, majestad. Me encantará comer con usted y con la princesa Sarai. Buenas noches.

Dicho lo cual, se marcha.

En cuanto nos encontramos a solas, volteo hacia padre.

—¿Por qué?

Él se echa hacia atrás en su asiento, con un suspiro. El tiempo ha desvaído los cojines, ha convertido su tono escarlata en el color del óxido.

—¿Qué me estás preguntando, Sarai? Necesito más detalles. «Por qué» no me basta.

El rey Halim no es ningún idiota. Me va a obligar a decirlo. Pues muy bien.

—¿Por qué permitiste que Notos regresara sin ningún castigo?

—Porque lo necesito. Porque nuestro reino lo necesita. Esta misma mañana aceptó un puesto en la guardia real.

—¿En la guardia? —Intento recuperar el aliento—. ¿Por qué colocas a Notos en un puesto de poder?

¿Por qué le da la bienvenida a nuestro hogar con los brazos abiertos? Me tiemblan las manos. Aprieto los puños entre los pliegues de mi vestido.

—¿De verdad debo explicar algo tan evidente? —espetea—. Fahim nunca era tan lento a la hora de entenderlo todo, y no malgastaba el aliento haciendo preguntas.

Siempre me sorprende la rapidez con la que regresa el dolor. A pesar de que han transcurrido ya cinco años, aún siento que mi hermano murió ayer mismo. El brillante y amado Fahim, el primogénito de padre.

—No me había dado cuenta de que mis preocupaciones eran un modo de malgastar el aliento —replico en tono rígido—. Me aseguraré de moderarlas la próxima vez que crea que nuestro reino está bajo amenaza.

Él se pellizca el puente de la nariz, como si mi dolor fuera inconveniente.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Pues no, la verdad es que no. Pero me guardo ese pensamiento amargo para mí.

—Es que no veo dónde está lo evidente en permitir que un desertor entre en la guardia real.

—Sea o no desertor —explica padre—, Notos es la persona más fuerte de este reino. Sabes tan bien como yo que la sequía ha debilitado a Ishmah. Llevamos años de cosechas fallidas. Ni siquiera tenemos los medios para alimentar a nuestro pueblo, mucho menos a un ejército. Los umbrandantes se vuelven más fuertes cada día que pasa. Mucha gente ha caído víctima de sus ataques.

Lo sé, por supuesto que lo sé. Ishmah, tallada estratégicamente en las paredes de arcilla del valle, en su día aprovechó las inundaciones anuales para nutrir su enorme sistema de irrigación, incluyendo numerosos pozos, reservas y canales. Sin embargo, hace más de dos décadas que no llueve en Ammara. Las altas murallas de la capital, talladas con runas que repelen a los umbrandantes, proporcionan una protección adecuada frente a esas bestias. Y sin embargo, cada año que pasa, estas parecen multiplicarse. Hay quien afirma que los umbrandantes ya entraron en la ciudad, pero yo no he visto pruebas de ello.

En cuanto al Viento del Sur, padre tiene razón. Notos es la única persona que ha entrado en el laberinto y ha regresado con vida. Su poder ayudará a mantener a raya a los umbrandantes..., aunque eso implique admitirlo como miembro de la guardia real.

—Los tiempos están cambiando, Sarai. —El rey me escruta con ojos teñidos de fatiga—. A veces hay que tomar medidas drásticas para resistir lo peor que pudiera venir.

Parece derrotado. Quizá no debería haberme portado de forma tan imprudente en presencia del príncipe Balior. A fin de cuentas, padre lo arriesgó todo para salvar mi vida cuando era un bebé enfermizo. Le debo lealtad.

—Lo comprendo, pero ¿cómo puedes confiar en que Notos no nos abandonará por segunda vez?

—Confío en él, Sarai. Eso es lo único que importa.

—¡Le dio la espalda a nuestro reino!

«A mí.»

Su expresión se endurece. A pesar de mis preocupaciones, a pesar de mi dolor, mis sentimientos siempre serán insignificantes a ojos de un rey.

—No lo he olvidado —replica—, pero ya lo perdoné. Quizá es hora de que hagas lo mismo.

Más libros de esta serie:

Libro 1 - El Viento del Norte

Libro 2 - El Viento del Oeste